

Esta es mi historia... Y la tuya... Y la de esa persona que está cerca de ti... Y de aquella que se encuentra al otro lado del mundo... Y de todas las que ya no existen.

Esta... Es nuestra historia.

Empecemos por el final, o por lo que, tan sólo de momento, es la última parte. Estamos en un edificio antiguo, pero rehabilitado por dentro a modo de biblioteca. Bueno, ni tú ni yo nos encontramos dentro, pero ya me entiendes. Hay una chica joven buscando un libro que la pueda entretener, y parece que no encuentra nada. De todos modos, la muchacha no es importante en la historia. ¡Ah, no, sí que lo es! Me había confundido de guión, perdona. En fin, volvamos con ella, aquí está. Como ves... bueno, no perdamos tiempo con el físico.

Ha llegado a la puerta que tenía que encontrar. ¿Qué hace? ¡No te gires, jovencita! ¡Es la otra entrada! Ah, ya se ha dado cuenta, menos mal. Cuando la cruza ve estanterías y estanterías, y, encima de ellas, letreros que clasifican los libros. Empieza a buscar alguno que le pueda gustar, pero no ve nada fuera de lo común. Claro, ella no sabe que tan sólo tiene que coger el del fondo para que ocurra algo inesperado... Ya queda poco... Uno más... ¡Se lo ha saltado! ¡Eso no tenía que pasar! Tengo que hablar seriamente con el redactor. ¡Y ahora se va hacia otra sección como si nada! ¡Se verá engreída! Esto no puede quedar así, no señor. Rebobinamos.

La chica está delante de la puerta que tiene que cruzar, esta vez con bombillas de colores alrededor. Es imposible que no se pregunte qué habrá detrás. Ha pasado a la sala de antes, y se dirige a la misma hilera de libros. Sin embargo, va directa a cierto libro que está en una vitrina con muchísimas flechas señalándolo. Ah, y luces, las luces son importantes.

Al cogerlo... bueno, en realidad no nota nada raro, pero era para darle emoción; no te vayas a pensar que el ambiente se oscurecía o empezaba a oír ruidos extraños. Esta es una historia de bajo presupuesto. Me estoy yendo por las ramas, suele pasarme, pero no te importa, ¿verdad? Por si acaso continúo. Lo ha cogido, y ha empezado a caminar hacia la sala de lectura con paso decidido. Ya verás cuando empieza a leer... ¡Ups!, he vuelto a pensar en voz alta, lo siento. ¿Dónde está la chica? Me distraigo un momento y se me escapa el único personaje que tengo, así no hay quien viva. Ah, menos mal, está sentada en un rincón. Está a punto de abrir el libro... De un momento a otro lo va a hacer... ¡Lo ha hecho! ¡Ha seguido el guión! Del libro empiezan a salir hojas y hojas;

pero no de cualquier forma, sino creando figuras: que si un castillo, que si una nave espacial... Y digo yo, ¿de verdad era necesario? En fin, ya ha llegado a la que nos interesa, una página solitaria, que se ha hecho una bola arrugada. En cada pliegue, y puedes creerme cuando te digo que hay muchos, hay escrita una biografía entera.

La muchacha, lógicamente, está sorprendida sobre lo ocurrido. ¡Pero a dónde vas! ¡He dicho sorprendida, no asustada! ¿Es que no pueden contratar a gente seria? Dame sólo un momento para que la traiga de vuelta. De repente, la biblioteca se hace circular, y la joven pasa una y otra vez por la sala de lectura sin encontrar la salida. Cuando se cansa, regresa al sillón para investigar el misterioso libro. Sin embargo, al poco tiempo se da cuenta de que lo importante en esta historia es ¡la dichosa bola de papel que tiene a su derecha y en la que no se está fijando!

Desaparece todo en la sala, menos esta hoja arrugada y la protagonista, la coge. Intenta desdoblarla por completo, pero siempre hay más y más pliegues. Decide leer una de las historias escritas, y se encuentra con que todas ellas tratan sobre la vida de diferentes personas (como ya había dicho antes, ejem). La que ha escogido habla sobre un senador de la Antigua Roma, y, al poco de empezar a leerla, el papel la... abduce.

¡Corre, corre, que tenemos que cambiar de escenario antes de que se recupere de la impresión y salga corriendo! ¡Ah, ya hemos llegado! Estamos en una plaza llena de gente, donde hay un gran edificio. La joven, que está desconcertada sobre lo que acaba de ocurrir, ve cómo ahora la bola de papel tiene menos dobleces. O lo hubiese visto si unos niños no se la hubiesen robado para jugar. ¿Se verá inútil? Encima yo no tengo jurisdicción en la historia en la que esos muchachos participan. Afortunadamente, siempre guardo una bola de repuesto en la biblioteca que tenemos enfrente.

Una fuerza misteriosa hace que todas las personas de la zona se queden paralizadas, y, casualmente, estén formando un pasillo en dirección al edificio que nos interesa. Nuestra protagonista, que va pillando cómo funciona una narración, se dirige hacia allí. Orgullosa de sí misma, coge una pelota de papel del suelo, pero, ¡cómo no!, se equivoca de bola. ¿Tan difícil es coger la que tiene luces, y flechas, y gente señalando, alrededor? No sé por qué, pero me da la sensación que tendría que ser yo el personaje principal. La bola correcta sustituye mágicamente a la que tiene en la mano, y, ahora sí, se fija en que tiene menos arrugas que la anterior.

Hace lo mismo que antes, intenta desdoblarla por completo. Desiste de nuevo, y lee la biografía de cierta señora del Antiguo Egipto...

¿Qué bonitas son las pirámides, verdad? ¡Ay! ¡Vamos, niña, lee la bola antes de que te alcance ese escorpión! En serio, me estoy empezando a marear de correr de un escenario a otro. ¿Ahora dónde tenemos que ir? ¡Ah, sí, a Mesopotamia! Mejor aceleramos el ritmo, ¿no crees?

Nuestra protagonista recorre épocas y épocas, cada vez más atrás en el tiempo. Realmente nada especial ocurre en esos viajes, así que... prefiero saltármelos.

Sin embargo, sorprendentemente, en una ocasión, muchos años atrás, una de los dobles no tiene nada escrito. Por si no te has dado cuenta, jovencita, es una insinuación para que te fijes en esa bola. ¡Ésa no, la de al lado! ¡Ésa! ¡Ésa!

Y... ¡Plof! Todo desaparece, incluyendo a la chica. ¡Cómo estaba deseando decirlo!

Ahora no estamos en ningún lado, porque este lugar no existe. Todo es negro. Sin embargo, hay un pequeñísimo papel, no me preguntes cómo ha ido a parar ahí.

Esa hoja es la razón por la que has estado conmigo en esta historia. Tú en realidad no existes. Bueno exististe, pero hace muchísimo tiempo. Ahora mismo estamos en tu época, aunque todavía no ha empezado el tiempo. No sé cómo explicártelo. En definitiva, que ahora vas a ser el protagonista, ¿no es genial?

Te acercas al papel, y empiezas a escribir en él sobre el Universo. Sí, sí, tú lo vas a iniciar. Pobrecito, la que le espera, ahora que no me oye. Escribes, y escribes... Te lleva un buen rato, porque tienes que inventarlo todo: que si átomos, que si leyes físicas, que si infinito...

Aquí viene.

Esta cerca.

La nada empieza a temblar.

Y...

¡PUM! ¡BIG BANG!

